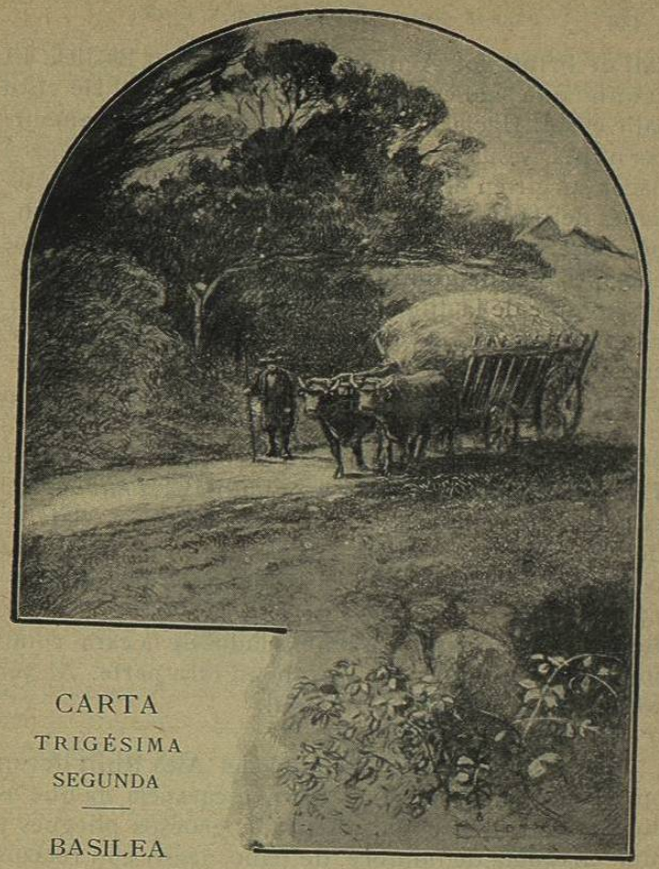
valle enteramente distinto del de Friburgo. Creería uno estar á cien leguas de allí. Es un valle sombrío, estrecho, triste, con algunas casas nada más entre los árboles, estrechado de todos lados entre altas colinas. Un pesado techo de nubes se apoyaba sobre aquellas crestas espaciadas de las montañas como un techo sobre torres almenadas; y por los intervalos de las colinas, como por los tragaluces de una torre enorme, veía el cielo azul.

A propósito, en Friburgo he comido truchas del Alto Rhin, que son excelentes pescaditos, y muy bonitos, azules con pintas rojas.



CARTA TRIGÉSIMA SEGUNDA

BASILEA

Paisajes.—Perfil de los compañeros de viaje del autor.—Bonito traje de las muchachas.—Lo que un filósofo puede conducir.—Aquí el lector ve pasar un poco de selva Negra.—Basilea.—El hotel de la Cigüeña.—Teoría de las fuentes.—Tumba de Erasmo.—Otras tumbas.

Basilea, 7 de septiembre.

Ayer, querido amigo, á las cinco de la mañana,

salí de Friburgo. A mediodía entraba en Basilea. El camino que sigo es cada día más pintoresco. He visto salir el sol. Hacia las seis ha rasgado poderosamente las nubes, y sus rayos horizontales se han ido lejos á hacer surgir en el horizonte las monstruosas gibosidades del Jura. Son unas formidables jorobas. Compréndese que son las últimas ondulaciones de esas enormes olas de granito que se denominan los Alpes.

El cupé de la diligencia badense estaba ya tomado. El interior se componía así: un bibliotecario alemán, entristecido por haber olvidado su blusa en un albergue del monte Righi; un viejecito vestido como en tiempos de Luis XV, que se burlaba de otro viejecito en traje de *incroyable*, el cual me hacía el efecto de Elleviou yendo de viaje, y le preguntaba *si había visto el país de los grisones* (1); por fin, un recio viajante de comercio, especialista en paños, quien declaraba con sonora risotada que, como no había podido colocar sus muestras, viajaba *en vins* (en vain); además, llevaba ciertas patillas á ambos lados de la cara, como los perros de aguas las llevan en otra parte. Al ver todo esto, he subido al imperial.

Hacía frío y estaba solo.

Las muchachas de este lado del Alto Rhin llevan un traje exquisito; aquel gorro escarapela de que os he hablado, una falda obscura á gruesos pliegues y una chaqueta de hombre, de paño negro con retazos de seda encarnada imitando acuchillados y cortes cosidos en la cintura y en las mangas. Algunas, en lugar de escarapela, llevan un pañuelo encarnado anudado bajo la barba. Están así encantadoras. Lo que no impide que se suenen con los dedos.

Hacia las ocho de la mañana, en un lugar agreste

(1) Juego de palabras entre *grison* (asno) y *grison* (habitante de los Grisones).

y propio para fantasear, vi á un señor de edad venerable, vestido con un chaleco amarillo, un pantalón gris, un levitón gris, y cubierto con un sombrero redondo, llevando un paraguas debajo el brazo izquierdo y un libro en la mano derecha. Estaba leyendo atentamente. Lo que me intrigaba era que llevaba una fusta en la mano izquierda. Además, oía ciertos extraños gruñidos detrás de un matorral que bordeaba la carretera. De pronto se interrumpió el matorral, y reconocí que aquel filósofo conducía una manada de cerdos.

El camino de Friburgo á Basilea corre á lo largo de una magnífica cadena de colinas lo suficientemente altas para formar obstáculo á las nubes. De vez en cuando se encuentra en la carretera una carreta arrastrada por bueyes y guiada por un campesino con ancho sombrero, cuya vestimenta recuerda la baja Bretaña; ó un carromato tirado por ocho mulos; ó una larga viga que ha sido un abeto, y que transportan á Basilea sobre dos pares de ruedas que aquella reune como un guión; ó una anciana de rodillas ante una vieja cruz esculpida. Dos horas antes de llegar á Basilea, la carretera atraviesa un rincón de bosque; profundos matorrales, pinos, abetos, malezas; aquí un claro, en el que una enorme encina se yergue sola como el candelabro de siete brazos; luego algunos barrancos, en los que se oye murmurar los torrentes. Es la selva Negra.

Ya os hablaré de Basilea en detalle en mi próxima carta. Me he alojado en la *Cigüeña*, y desde la ventana donde escribo, veo en una plazoleta dos lindas fuentes, una del siglo XV, otra del siglo XVI. La mayor, la del siglo XV, se derrama en un pilón de piedra lleno de un agua verde, jaspeada, que los rayos del sol parece que llenan, al quebrarse en ella, de una muchedumbre de anguilas de oro.

Indudablemente esas fuentes son una cosa digna de nota. He contado ocho en Friburgo; en Basilea las hay en cada esquina. Abundan en Lucerna, en Zurich, en Berna, en Soleura. Es cosa propia de las montañas. Las montañas engendran los torrentes, los torrentes engendran los arroyos, los arroyos producen las fuentes, de donde se sigue que todas esas deliciosas fuentes góticas de las ciudades suizas deben ser clasificadas entre las flores de los Alpes.

He visto muy bellas cosas en la catedral, y he visto otras muy curiosas; entre ellas, la tumba de Erasmo. Es una simple lápida de mármol, color de café, puesta de pie, con un largo epitafio en latín. Encima del epitafio hay una figura que se parece, hasta cierto punto, al retrato de Erasmo por Holbein, y al pie de la cual se ve esta misteriosa palabra: *Terminus*. Hay también el sarcófago de la emperatriz Ana, esposa de Rodolfo de Habsburgo, con su hijo dormido junto á ella; y en un brazo del crucero, otra tumba del siglo XIV, sobre la que yace una sombría marquesa de piedra, la dama de Hochburgo. No quiero molestaros más, ya os describiré Basilea en mi próxima carta.

Mañana, á las cinco de la mañana, partiré para Zurich, en donde acaba de estallar una pequeñez que aquí denominan una revolución. Si me encuentro una tempestad en el lago el espectáculo será completo.

CARTA TRIGÉSIMA TERCERA

BASILEA

La Pluma y el Cortaplumas, elegía.—Frick.—Basilea.—La catedral.—Indignación del viajero.—El revoque.—Las flechas.—La fachada.—Los dos únicos santos que tienen cabello.—La portada de la izquierda.—El rosetón.—La portada de la derecha.—El claustro.—Amarga lamentación en el claustro de San Wandrille.—Lujo de las tumbas.—Interior de la iglesia.—La sillería.—El púlpito.—La cripta.—El miedo que produce.—Los archivos.—La cúspide de los campanarios.—Basilea á vista de pájaro.—Paseo por la ciudad.—Lo que tiene de particular la arquitectura local.—La casa de los armeros.—La casa de la ciudad.—Munatius Plancus.—El autor encuentra con satisfacción la sota de copas en la puerta de una posada.—La arqueología se hubiera perdido si las sirvientas no auxiliaran á los anticuarios.—La biblioteca.—Holbein por todas partes.—La mesa de la Dieta.—Cuidados admirables y ejemplares de los bibliotecarios de Basilea por un cuadro de Rubens.—Observación importante y última acerca la biblioteca.—Fin de la elegía de la Pluma y el Cortaplumas.

Frick, 8 de septiembre.

Querido amigo, tengo una mala pluma, y espero un cortaplumas para cortarla. Lo cual no impide que os escriba, como estáis viendo. El sitio donde estoy se llama Frick, y lo único que me ha ofrecido de nota-

ble es un lindísimo paisaje y un excelente almuerzo que acabo de devorar. Tenía un apetito enorme. ¡Ah! Ahora me traen un cortaplumas y tinta. Había empezado esta carta con una botella por tintero. Y puesto que dispongo de buena tinta, voy á hablaros de Basilea, según os prometí.

De buenas á primeras, la catedral de Basilea choca é indigna. Primeramente, ha perdido sus vidrieras de colores; en segundo lugar, está revocada de almazarrón, no sólo en el interior, lo que es lícito, sino en el exterior, lo cual es una infamia; y así está, desde el pavimento de la plaza hasta la punta de los campanarios; de tal suerte, que las dos flechas, que el arquitecto del siglo XV había compuesto deliciosamente, parecen en la actualidad dos rábanos calados. No obstante, cuando ha pasado el primer impulso de cólera, se observa la iglesia y se encuentra agradable; posee hermosos restos. El techo, de tejas de color, no carece de originalidad y de gracia (la construcción interior ofrece escaso interés). Los chapiteles, flanqueados por escaleras linternas, son bonitos. En la fachada principal hay cuatro curiosas estatuas de mujeres: dos mujeres santas que sueñan y que leen; dos mujeres fatuas, apenas vestidas, mostrando sus hermosos hombros de suizas robustas y redondas, burlándose é injuriándose con grandes carcajadas desde ambos lados de la gótica portada. Esa manera de representar al diablo es nueva y espiritual. Dos santos ecuestres, san Jorge y san Martín, representados á caballo y de tamaño mayor que el natural, completan el ajuste de la fachada. San Martín da á un pobre la mitad de su capa, que no excedía tal vez de una mala manta de lana, y que transfigurada ahora por la limosna es de mármol, de granito, de jaspe, de pórfido, de terciopelo, de raso, de púrpura, de tisú de plata, de brocado de oro, bordada de diamantes y perlas,

cincelada por Benvenuto, esculpida por Juan Goujón, pintada por Rafael. San Jorge, en la cabeza del cual dos ángeles colocan un morrión germánico, hunde impetuosamente su lanza en la garganta del dragón, que se retuerce en un plinto compuesto de vegetales espinosos.

La puerta de la izquierda es un hermoso poema románico. Debajo la archivolta, los cuatro evangelistas; á derecha é izquierda, todas las obras de caridad figuradas en pequeños recuadros superpuestos, limitados entre dos pilares y coronados por un arquitrabe. Así se forman dos especies de pilastras, en cuya cúspide un ángel glorificador toca la trompeta. El poema termina con una oda.

Un rosetón bizantino completa esa puerta; y cuando le da el sol, es un delicioso cuadro en un soberbio marco.

La portada de la derecha es menos curiosa, pero comunica con un noble claustro del siglo XV, con el pavimento, las paredes y el techo cubiertos de lápidas sepulcrales, que ofrece alguna analogía con el admirable claustro de San Wandrille, tan estúpidamente destruído por no sé cuál inepto albañil. Las tumbas cuelgan y se yerguen por todas partes bajo las ojivas de flamígeros calados; son lápidas labradas de piedra, aquéllas de mármol, algunas de bronce; y todas se caen á pedazos; el moho roe el granito, el óxido corroe el bronce. Ofrecen, por otra parte, una confusión de todos los estilos en un período de quinientos años, que pone en evidencia el derrumbamiento de la arquitectura. Todas las formas muertas de este gran arte están allí, confundidas, chocando por sus ángulos, demolidas una por otra, como enterradas en aquellas tumbas; la ojiva y el arco en cintra, el arco escarzano de Carlos V, el frontón escotado de Carlos III, la columna salomónica de Luis XIII, la his-

toriada de Luis XV. Todas esas sucesivas fantasías del pensamiento humano, colgadas en la pared, como los cuadros en un salón, sirven de marco á los epitafios. Una idea única campea en el centro de esas deslumbradoras creaciones del arte, la muerte. La variada y viviente vegetación de la arquitectura florece al rededor de esa idea.

En el centro del claustro hay una pequeña torre cuadrada llena de ese hermoso y espeso césped que brota sobre los muertos.

En el interior de la iglesia, además de las tumbas de que os hablaba en mi carta anterior, he encontrado algunos sitiales de talla de los siglos XV y XVI. Esos pequeños edificios de madera cincelada son para mí como unos libros de amenísima lectura; cada sitial es un capítulo. El gran coro de Amiéns es la Ilíada de esas epopeyas.

El púlpito, que es del siglo XV, sale del pavimento como un gran tulipán de piedra, enredado bajo una red de inextricables nervios. A esa bella flor le han puesto una cofia absurda, como en Friburgo. En general, el calvinismo, sin mala intención empero, ha estropeado esta hermosa iglesia; la ha revocado, ha blanqueado las ventanas, ha cubierto con una balaustrada de pantorrillas el bello orden románico de las galerías altas de la nave, y luego ha extendido sobre esa hermosa bóveda católica no sé qué atmósfera puritana que aburre. La antigua catedral del príncipe obispo de Basilea, el cual campeaba de plata el báculo de sable, ya no es más que un aposento protestante.

No obstante, el metodismo ha respetado los capiteles románicos del coro, que son lo más misterioso y notable que pueda verse; ha respetado la cripta situada debajo del altar, donde hay unos pilares del siglo XII y algunas pinturas del XIII. Algunos monstruos románicos, de una deformidad quimérica, arrancados de

no sé qué antigua iglesia desaparecida, yacen allí, en el sombrío pavimento de aquella cripta, como perros dormidos. Son tan pavorosos, que se anda junto á ellos en la sombra con cierto cuidado de despertarlos.

La vieja que me acompañaba me ofreció enseñarme los archivos de la catedral, y acepté. Ved en qué consisten los tales archivos: en una inmensa arca de madera esculpida del siglo XV, magnífica, pero vacía. Cuando se entra en la sala de los archivos, se oye un tremendo bostezo: es el gran arcón que se abre. Prosigo. Un vasto armario de la misma época con mil cajones. He abierto algunos; están vacíos. En uno ó dos he encontrado algunos pequeños grabados representando Zurich, Berna, ó el monte Righi; en el mayor hay una imagen de algunos hombres acurrucados al rededor de una hoguera; al pie de esa imagen, que es del gusto más suizo, he leído esta inscripción: *Bivoic des bohemiens*. Añadid á eso algunas bombas antiguas de hierro colocadas en el antepecho de una ventana, una maza de armas, dos chuzos de campesino suizo que tal vez hayan apaleado á Carlos el Temerario, bajo sus cuatro hileras de clavos dispuestos á guisa de mandíbula de tiburón, algunas mediocres reproducciones en cera de la *Danza macabra* de Juan Klauber, destruída en 1805 con el cementerio de los dominicanos; una mesa cargada de fósiles de la selva Negra; dos ladrillos azulejos muy curiosos del siglo XVI; un almanaque de Lieja para el 1837, y tendréis lo que son los archivos de la catedral de Basilea. Se llega á dichos archivos atravesando una bella verja negra, florida, retorcida y sabiamente enredada, que tiene cuatrocientos años. Algunos pájaros y quimeras se encaraman aquí y allá entre aquella sombría hojarasca de hierro.

Desde lo alto de los campanarios la vista es admirable. Tenía bajo mis plantas, á una profundidad de

trescientos cincuenta pies, el Rhin anchuroso y verde; á mi alrededor, la Basilea grande; delante de mí, la Basilea pequeña; pues el Rhin ha hecho de la ciudad dos pedazos; y como en todas las ciudades cortadas por un río, un lado se ha desarrollado á expensas del otro. En París es la orilla derecha; en Basilea es la orilla izquierda. Las dos Basilea se comunican mediante un largo puente de madera, que el Rhin pone frecuentemente á prueba, por lo que sólo conserva algunas pilas de piedra en un lado, y en el centro del cual se destaca una linda torrecilla-garita del siglo XV. Las dos ciudades forman á ambos lados del Rhin un delicioso bordado de frontones tallados, de fachadas góticas, de techos con veletas, de torrecillas y de torres. Esa orla de casas antiguas se repite en el Rhin y en él se arroja. El puente reflejado toma el extraño aspecto de una enorme escalera tendida de una á otra orilla. Grupos de árboles y una multitud de jardines suspendidos en las delanteras de las casas, se mezclan á los entrantes y salientes de todas aquellas viejas arquitecturas. Las cúspides de las iglesias, las torres de los recintos fortificados, forman como obscuros nudos, á los que se unen, de trecho en trecho, las caprichosas líneas que corren en tumulto de los campanarios á los frontones, de los frontones á las buhardas. Todo eso ríe, canta, habla, charla, brota, sube, corre, anda, danza, brilla en medio de un alto círculo de montañas que se entreabre al horizonte tan sólo para dejar pasar el Rhin.

He vuelto á bajar á la ciudad, que abunda en caprichos exquisitos, en puertas bien imaginadas, en herrajes extravagantes, en curiosas construcciones de todas las épocas. Hay, entre otros, un gran edificio que sirve hoy de cuadra de transportes, y que ostenta en todas las aberturas, ventanillos, puertas y ventanas, verdaderos nudos gordianos de nervios, cortados

con frecuencia por el arquitecto, lo más caprichoso del mundo. En ninguna parte he visto cosa semejante. La piedra se ve allí retorcida y entretejida como si fuese mimbre. Podéis ver asas de cesta en Normandía; pero, para ver la cesta entera, hay que venir á Basilea. Cerca de la agencia de transportes, he visitado la antigua casa de los armeros, hermoso edificio del siglo XVI, con pinturas al aire libre en la fachada, en las cuales se confunden con habilidad Venus y la Virgen.

La casa de la ciudad es de la misma época. La fachada, coronada por un hombre de armas empenachado que lleva el escudo de la ciudad, sería hermosa si no estuviese revocada (¡siempre de almazarrón!), y además, y es lo peor, no estuviese adornada con unos feísimos personajes pintados de codos en un balcón figurado, en estilo gótico del 1810. El patio interior ha sufrido el mismo tatuaje. La escalera de honor empieza y termina entre dos estatuas: la una, que está abajo, es un bellísimo guerrero del renacimiento, que tiene la pretensión de representar al cónsul romano Munacio Planco; la otra, que está arriba, en el rincón de la imposta de una puerta de arco escarzano, es un lacayo de la ciudad que lleva una carta en la mano; está pintada con el vestido mitad negro y mitad blanco, que es el blasón de la ciudad, y la carta, bien plegada, ostenta un sello encarnado. Ese lacayo de ciudad gótica ha flotado por encima de todas las revoluciones de Europa. Aquella misma mañana lo había encontrado junto al hotel de los *Tres Reyes*, paseando por la ciudad, muy orondo y muy lleno de vida, precedido por su hombre de armas llevando una espada, lo que hacía reir grandemente á algunos dependientes de comercio, que leían *El Constitucional* á la puerta de un cafetín.

Una fresca sirvienta salió de pronto de la puerta

escarzana; me dirigió algunas palabras en alemán, y como no la comprendí, la he seguido. Hice bien. La buena muchacha me introdujo en una estancia donde hay una escalera de caracol de las más exquisitas, luego en una sala cubierta toda de encina barnizada, con hermosas vidrieras en las ventanas y una soberbia puerta del renacimiento en el sitio donde acostumbramos á poner la chimenea; aquí, como en Alsacia, como en Alemania, no hay chimeneas, sino estufas. Viendo todas aquellas maravillas, dí á la preciosa muchacha una buena moneda de plata de Francia que la hizo sonreir.

En la escalera de esa casa comunal hay un curioso fresco del *Juicio final*, que es del siglo XVI.

No me habría marchado de Basilea sin visitar la biblioteca. Yo sabía que Basilea es para los Holbein lo que Francfort es para los Alberto Durero. En la biblioteca, efectivamente, hay un nido, un montón, una muchedumbre; por cualquier lado que os volváis, todo es Holbein. Está Lutero, está Erasmo, está Melanchthon, está Catalina de Bora, está el mismo Holbein, está la mujer de Holbein, bella mujer de unos cuarenta años, bonita todavía, que ha llorado, y que sueña entre sus dos pensativos niños, que os mira como una mujer que ha sufrido, y que, no obstante, os da ganas de besar su hermoso cuello. Está también Tomás Moro con toda su familia, con su padre y sus hijos, con su mono, pues el grave canciller gustaba de los monos. Además tiene allí dos *Pasiones*, una pintada, y otra dibujada á pluma; dos *Cristos muertos*, admirables cadáveres que dan escalofríos. Todo eso es de Holbein; todo eso es divino de realidad, de poesía y de invención. Siempre me ha gustado Holbein; encuentro en su pintura las dos cosas que me conmueven, la tristeza y la dulzura.

Además de los cuadros, la biblioteca posee muebles; muchos bronces romanos encontrados en Augst, un cofre chino, un cortinaje de tapicería de Venecia, un prodigioso armario del siglo XVI (del que han *ofrecido ya doce mil francos*, según me decía mi guía), y, por fin, la mesa de la Dieta de los trece cantones. Es una magnífica mesa del siglo XVI, sostenida por grifos, leones y sátiros que aguantan el blasón de Basilea, cincelado con las armas de los cantones, incrustado de estaño, de nácar y de marfil; mesa al rededor de la cual meditaban aquellos oradores y aquellos landammanns tan temidos por los emperadores; mesa que hacía leer á aquellos gobernadores de hombres esta solemne inscripción: *Supra naturam præsto est Deus*. Por lo demás, se conserva en mal estado. La biblioteca de Basilea está muy mal cuidada; los objetos están amontonados como conchas de ostras. He visto sobre una arquilla un cuadrito de Rubens colocado delante un rimero de libros, y que ha debido caerse varias veces, pues el marco está completamente destrozado. Ya veis que hay un poco de todo en esa biblioteca, cuadros, muebles, telas raras; y hay también algunos libros.

Amigo mío, doy fin á esta carta, garrapateada, según podéis ver, en no sé qué papiro egipcio más poroso y más chupón que una esponja. Un suplicio que registro entre los que no deseo á mis peores enemigos: escribir con una pluma que escupe en un papel que bebe.